

# LOS HIJOS DE LA PIEDRA

( DRAMA DEL MONTE Y SUS JORNALEROS )

[ 1935 ]

## PERSONAJES

*( Principales y accidentales )*

PASTOR

RETAMA

SEÑOR

LEÑADOR

SEGADOR-LABRADOR

CAPATAZ

CUATRO GUARDIAS CIVILES

MINEROS

MUJERES

CIEGO

COJO

MANCO

CUATRO VENDIMIADORES

CUATRO VENDIMIADORAS

NIÑOS

# ACTO PRIMERO

## VERANO

### FASE ANTERIOR

*Monte, una encina derramando mucha sombra y cielo de entre junio.*

### ESCENA I

*Los MINEROS en una actitud de reposo*

MINERO 1.º – Estaba deseando esta tregua. La piedra en que estoy sentado me parece lana.

MINERO 2.º – Cualquier parte de la tierra es buen jergón para el cansancio.

MINERO 3.º – Me quito una corona de sudor y en seguida me rodea otra la frente.

MINERO 4.º – El sudor es la cosecha que en más abundancia recogemos los hombres del trabajo.

MINERO 5.º – Y mucho más en este tiempo de chicharras. Hay mejor bienestar dentro de las minas que fuera.

MINERO 1.º – Pues aún no hemos llegado a la mitad de junio. Deja que pasen dos semanas y verás hervir el agua de nieve y buscar las culebras acaloradas la humedad de los ríos.

MINERO 2.º – Alguno de nosotros será vencido por el calor. Ya sabéis cómo le pasó antaño a un primo mío segando.

MINERO 3.º – Donde dicen que no se puede sufrir el sol es allá, donde hay guerra ahora.

MINERO 4.º - ¿Dónde hay guerra?

MINERO 3.º – Pero, ¿no lo sabes? El cartero que ve todos los días en la ciudad ese papel donde apuntan tantas cosas del mundo, lo dijo anoche en la taberna.

MINERO 4.º - ¿Qué dijo?

MINERO 3.º – Que hay guerra entre los que hablan como el cura en misa y los que no se entiende lo que hablan. Dice que son muy negros. También dice que en no sé qué parte del mundo declararon la huelga del hambre más de mil hombres de nuestro oficio y se han muerto dentro de las minas casi todos. Les han gritado que salgan a los que quedan vivos y han contestado que les echen setecientas cajas para enterrar allí mismo los cadáveres. Y dice que en la Andalucía andan a tiros con la guardia civil hombres de nuestra clase que piden revolución.

MINERO 5.º - ¿Qué es pedir revolución?

MINERO 3.º – No sé bien, pero creo que algo muy malo piden con esa palabra.

MINERO 1.º – Hay muchas envidias y maleficios repartidos por el mundo.

MINERO 2.º – Por suerte, aquí no llega más que el rumor de tanta revoltija. Vivimos en el último rincón de España.

MINERO 3.º – Y en el más sereno. En Montecabra no pasa nada nunca. Jamás usamos las herramientas para otra cosa que no sea el trabajo.

MINERO 4.º – Aquí, quien muere es de puro viejo.

MINERO 5.º – Una vez al año toca la campana a muerto y cuatro a recién nacido.

MINERO 1.º – Tenemos un señor que no permite que el pan ande escaso en ninguna boca. Veinte vecinos tiene el pueblo: ninguno puede quejarse de la persona de don Pedro.

MINERO 2.º – Cuando cesa el trabajo en las minas, lo mueve en el campo. Y en invierno, cuando hasta en el campo cesa, nos da el jornal mientras están en sosiego las herramientas y los brazos.

MINERO 3.º – Yo no comprendo desde aquí el mundo más que como una balsa de aceite.

MINERO 4.º – A mí me cuesta trabajo creer en la guerra, en el hambre y en las revoluciones.

MINERO 5.º – Todo eso parece cosa de la fantasía.

MINERO 1.º – Ya sabéis que el cartero es muy fantasioso: a lo mejor se inventa esas historias.

## ESCENA II

*Los mismos y el PASTOR y el LEÑADOR.*

PASTOR. – Pocas ganas de trabajar tenéis hoy.

LEÑADOR. – Se alarga mucho la tregua, mineros.

MINERO 1.º – Nadie nos acosa. Así trabaja uno con alegría.

MINERO 2.º – Esperamos a que el sol baje un poco más al poniente.

MINERO 3.º – Además, hemos trabajado esta mañana de firme y nos queda poca faena.

MINERO 4.º – Ya viene el tiempo de las grandes siestas.

MINERO 5.º – No se puede trabajar ya entre las doce y las tres.

PASTOR. – Ésta es la estación que prefiero. Mis cabras van que no pueden andar de grosura y de leche. No hay nieves que sepulsen los pastos, nieblas que me impidan andar junto a los precipicios, fríos que paralicen la piedra de la honda y el sonido de la esquila. Ayer he soltado el mandil a los chivos, aprovechando la lección de mi padre de que es la época de este creciente de luna la más a propósito para machear las cabras. Detrás de ellas, orinándose las barbas y el vientre, porque saben que el olor de la orina despierta los deseos de las hembras, corren enamorados hasta la rabia. El que resulta de este tiempo, es el preñado más agraciado y abundante de todos.

MINERO 1.º – Bueno, basta de descanso: vamos a movernos de nuevo.

MINERO 2.º – Hasta que un día la muerte diga: ¡eh, para!

MINERO 3.º – Hemos nacido para el movimiento.

MINERO 4.º – No quisiera ser un paralítico.

MINERO 5.º - ¡Ay de los que no lo son y hacen la vida del paralítico!

LEÑADOR. – Ésos no conocen la condición de la tierra, ni la paz del domingo y el sueño, ni el valor de un jarro de agua o vino al final de una jornada.

MINERO 1.º – Amo el trabajo porque rodea mi cuerpo de pedernales.

MINERO 2.º – Se trabaja, pero se tiene la recompensa del pan y la salud.

MINERO 3.º – El trabajo libra a mi estómago de las dentelladas que da el hambre.

MINERO 4.º – Trabajo y no veo ni una enfermedad ni un bostezo por mis alrededores.

MINERO 5.º – El trabajo espanta los malos pensamientos, mantiene la paz en Montecabra, evita los crímenes y los robos y no deja crecer en la huerta la ortiga, en la casa el polvo y en el barbecho el cardo.

MINERO 1.º – Trabajaré hasta que me queden brazos.

MINERO 2.º – Trabajaré hasta que deje de ser esta especie de roble que soy.

MINERO 3.º – Trabajaré hasta que se desaten debilitados los nudos de mi sangre.

MINERO 4.º – Trabajaré mientras mis espaldas resistan la caída de un pino.

MINERO 5.º – Trabajaré mientras el tiempo no me quite mis privilegios de león.

PASTOR. – Trabajaremos hasta que la vejez o la muerte nos digan: basta.

*( Se van los mineros ).*

### ESCENA III

PASTOR y LEÑADOR.

LEÑADOR. - ¡Qué triste debe ser trabajar como en los presidios: esperando el latigazo y el insulto!

PASTOR. - Hay hombres como hay bueyes, que van a la labor sin necesidad de mayores; pero hay otros a los que es preciso gritar y aguijar para que pongan la mano en sus quehaceres.

LEÑADOR. - En libertad trabajo desde que despunta la luz en mi hacha hasta que no la veo en mi mano de tanta sombra que la envuelve. Me daría cólera que alguien me dijera: ¡más de prisa!

PASTOR. - Nosotros, leñador, hemos nacido para trabajar solos en el monte. Nadie puede acompañar a un leñador y a un pastor tampoco. Únicamente el hacha y el cayado, y la hembra si se tiene.

LEÑADOR. - Desde que tengo brazo para levantar el hacha, estoy colgando mi vida de las ramas y los troncos.

PASTOR. - Desde que tengo uso de razón estoy subido en el monte, y mi cuerpo conoce a maravilla sus porrazos.

LEÑADOR. - Tú tienes los ojos como nadie avezados a ver en medio de la sombra y en lo lejano.

PASTOR. - Si me alabas, te alabo: ningún brazo como el tuyo puede expresar mejor el gesto del rayo.

LEÑADOR. - Tú conoces dónde ha pisado el lobo y en qué lugar del monte se juntan los vientos, los ecos y las zorras.

PASTOR. - Amasada está tu fuerza con el rumor del trueno y la firmeza del hachazo.

LEÑADOR. - Se apoderan tus manos de la sangre de las estrellas cuando ordeñas, y a la piedra le nacen alas y silbos cuando la encunas en la honda de educar el ganado.

PASTOR. - Llevas encima las cicatrices de los golpes que equivocaste a los troncos: por ellas se sabría , si se te encontrara muerto en una tierra desconocida, de lo agresivo de tu oficio.

LEÑADOR. – Eso sí: nadie como yo conoce la diferencia que va de un hacha a una mujer.

PASTOR. – Esa me falta a mí, compañero. La necesito y la pido, además del cayado y el perro, para vivir con la sangre serena en esta soledad. Me paso las noches deseando una compañera, ahora que la luna altera y enamora el ganado y me crecen los labios.

LEÑADOR. – El verano entrante te brinda una buena ocasión para encontrarla. Bien lo sabes tú: ahora las hembras, tanto las animales como las nuestras, desean con más fe que nunca y son sencillas de conseguir.

PASTOR. – Pero yo he de estar a la mira de las cabras de noche y de día, y no puedo bajar al pueblo a la hora en que ellas se reúnen después de peinarse.

LEÑADOR. – Algunas salen al monte porque no se conforman con los machos mozos que ven allí. Ayer me encontré una, Retama la de Juan, detrás de aquel cabezo, ¡y me dio unas ganas! En buenos pechos mamó la blancura y el talle. A no ser casado y amigo de su difunto padre, hubiera hecho una herejía.

PASTOR. – Quisiera encontrarme en un caso como el tuyo.

LEÑADOR. – Ven conmigo a donde la vi... Me ayudarás a recoger unos haces y, si entre tanto resulta, te apareas con ella. No creo que le desagrade tu juventud.

( *Se van* ).

#### ESCENA IV

*Las mujeres de los MINEROS. Traen calabazas de vino y risas. Al entrar ellas fluye de todas partes la nota inacabable y desmesurada de las chicharras, como si les hubieran despertado la canción con el pie.*

MUJER 1.<sup>a</sup> - ¿Los esperamos aquí o llegamos hasta la boca de las minas?

MUJER 2.<sup>a</sup> – Vengo rendida. Tú sabes lo dificultoso que es llegar a estos andurriales desde Montecabra.

MUJER 3.<sup>a</sup> – Yo tampoco puedo dar un paso más. Está demasiado alta la minería.

MUJER 4.<sup>a</sup> – Me voy a sentar y que venga mi hombre cuando quiera.

MUJER 5.<sup>a</sup> – Sí, es mejor que respiremos un poco. Si vemos que tardan los vamos a buscar.

MUJER 1.<sup>a</sup> - ¿No escuchas la conversación de los martillos con la piedra?

MUJER 2.<sup>a</sup> – Les debe quedar poca faena: el sol ya va tramontando.

MUJER 3.<sup>a</sup> - ¿Cuándo darán de mano? Estoy más inquieta que el azogue cuando no me veo bajo su aliento.

MUJER 4.<sup>a</sup> – Pronto se quedarán las herramientas amortecidas y los veremos venir con los brazos desocupados para nosotras.

MUJER 5.<sup>a</sup> – No sé por qué será, pero en cuanto viene el verano se me levanta el corazón y me rebulle la sangre como si fuera espuma.

MUJER 1.<sup>a</sup> - ¡Qué gozo de tiempo! No tenemos que atender a nuestros hijos y se crían solos y desnudos con la fruta que cae del árbol.

MUJER 2.<sup>a</sup> – No me digas, que ayer me dieron un sofoco por los míos: entraron al huerto de la viuda Teresa y se comieron el único guindo que tiene. ¿No llegó a vuestra oreja el grito de protesta de la dueña?

MUJER 3.<sup>a</sup> – Yo no le hubiera hecho caso. Es una avariciosa a la que está bien empleado todo el mal que le viene.

MUJER 4.<sup>a</sup> – No hables así de una vecina tuya.

MUJER 3.<sup>a</sup> - ¿Una vecina? ¡Un demonio! Todas conocéis la historia.

MUJER 5.<sup>a</sup> - ¿Qué historia es que yo no la conozco?

MUJER 1.<sup>a</sup> – Tú eras muy niña. (*A la 3.<sup>a</sup>*). La contaremos las dos.

MUJER 3.<sup>a</sup> – Cuando se casó Teresa, no pasaba día que no dijera a su marido, que había sido pescador de no sé que mar: Si te murieras te pondría se mortaja el traje de desposado: si te murieras lloraría a mares, ¡te quiero tanto!

MUJER 1.<sup>a</sup> – Tanto se lo repetía, que un día el marido pensó: Voy a versi es verdadera la lengua de mi mujer. Y viene un día y se hace el muerto.

MUJER 3.<sup>a</sup> – Al entrar Teresa en la alcoba y encontrarse a su hombre de cadáver, exclamó en voz alta: ¿Muerto tengo y hambre también? Primero comeré, que luego habrá tiempo de llorar.

MUJER 1.<sup>a</sup> – Después de comer muy tranquilamente se puso a gritar, acudimos las vecinas y nos contó que su marido había muerto repentinamente y había que amortajarlo.

MUJER 3.<sup>a</sup> - ¿Qué traje le ponemos- pregunté yo- ; el de novio? ¡Ay, no-dijo ella- , que lo quiero conservar como recuerdo de nuestra boda!

MUJER 1.<sup>a</sup> - ¿El de los domingos? – dije yo - . ¡Ay, no, que se lo compró el día de mi cumpleaños!

MUJER 3.<sup>a</sup> - ¿El de dos días las semana?... ¡Tampoco, tampoco, que es el que llevaba cuando me pretendía!

MUJER 1.<sup>a</sup> - ¿El de todos los días?... ¡Jamás, jamás, que es con el que más lo he querido!

MUJER 3.<sup>a</sup> – Nosotros buscamos más trajes, y no encontrando otra cosa que la red de cuando él había sido pescador, le dijimos: ¿Te parece que le pongamos la red? ¡Bueno, aunque sea la red, pero no los trajes! – gritó llorando a lágrima viva.

MUJER 1.<sup>a</sup> – Envolvemos al hombre en la red, llega la hora del entierro y, cuando van a cerrar la caja para llevárselo, Teresa se arroja sobre su marido, lo besa como desesperada y le dice: ¿A dónde vas, a dónde vas sin mí, envuelto en tu red, marido de mis entrañas?

MUJER 3.<sup>a</sup> - ¡A pescar, grandísima perra!, gritó él saltando irritado sobre ella, que se quedó corrida y nosotras maravilladas. El marido lo contó todo, haciendo reír mucho al pueblo, pero el pobre dobló de verdad la cabeza, desengañado.

MUJER 2.<sup>a</sup> – Yo no comprendo cómo hay mujeres que engañan a sus maridos.

MUJER 4.<sup>a</sup> – No soy capaz ni de dar un beso al mío si no tengo deseo.

MUJER 5.<sup>a</sup> – En la ciudad abundan siempre las cornamentas; aquí se da poco esa cosecha y muy de tarde en tarde.

MUJER 3.<sup>a</sup> - ¿Te acuerdas de antaño, cuando la Rosa se le pegaba a su hombre con el de la Petra, y por cada noche que se acostaba con él colgábamos un cuerno en la parra de su puerta?

MUJER 4.<sup>a</sup> – Por eso se curó tan pronto: sólo llegó al cuerno cinco.

MUJER 1.<sup>a</sup> – Calla: ya no se oye el trabajo en las minas. Ahora mismo tenemos aquí a nuestros hombres.

MUJER 2.<sup>a</sup> – Míralos: ya vienen con la blusa al hombro y el polvo del mineral relumbrando en las cejas.

MUJER 3.<sup>a</sup> - ¡Qué gesto de fatiga trae el mío!

*( Se levantan y van al encuentro de los MINEROS ).*

## ESCENA V

*Las MUJERES y los MINEROS.*

MINERO 1.<sup>o</sup> – Dame la calabaza del vino, que quiero matar el polvo y las telarañas que traigo en el paladar.

MUJER 1.<sup>a</sup> – Toma, hombre, toma, que no me das tiempo de ofrecértela.

MINERO 2.<sup>o</sup> – Vamos a recostarnos un poco, antes de volver a Montecabra, ahora que se puede respirar hondo este viento del atardecer.

MINERO 3.<sup>o</sup> – Si tu cuerpo no fuera la orilla final de mi trabajo, no sabría salir de los pozos y las galerías del carbón y la blenda.

MINERO 4.<sup>o</sup> – Cuando retiro mi mano del trabajo, lo hago con la alegría de pensar que voy a ocuparla en tu cariño. Me la cortaría si así no fuera.

MINERO 5.<sup>o</sup> – Que un barreno me deje ciego como a tantos de mi oficio el día en que mis ojos no vean más que piedras alrededor.

MINERO 1.<sup>o</sup> – Tú me quitas la fatiga y me das la agilidad del gallo.

MINERO 2.º – En las horas de mí contigo la tierra se puebla, huele a humo de espliego nuestra casa y bajo tu enfaldo tiembla una sandía redonda.

MINERO 3.º – Eres la sombra que prefiero para mi descanso.

MINERO 4.º – Te quiero con el amor simple y grande del toro.

MINERO 5.º – Te deseo como los chivos, que se rompen la cabeza por una cabra.

MUJER 1.<sup>a</sup> – De menta te rocío para que tu deseo no desmaye.

MUJER 2.<sup>a</sup> – Savia de higuera echo en mi ropa para desazonar tu cuerpo.

MUJER 3.<sup>a</sup> – El hinojo verdiamarillo, la planta del amor, te doy a morder cada día para tenerte de noche despierto.

MUJER 4.<sup>a</sup> – Hierbabuena y perejil, pimienta y ajo, derramo en la comida para que no te olvides nunca de mí.

MUJER 5.<sup>a</sup> – Bebe vino, que el vino es el alcahuete de nuestra sangre.

MUJER 1.<sup>a</sup> – Si alguien me ofendiera, ¿de qué serías capaz?

MINERO 1.º – De matarlo, aunque fuera el mismo don Pedro.

MUJER 2.<sup>a</sup> – No digas herejías, que don Pedro no es capaz más que de beneficios. Jamás ha mirado a una mujer de Montecabra con ojos de malicia.

MINERO 1.º – Es un decir...

MINERO 2.º – No me explico por qué un hombre como don Pedro no se ha casado.

MINERO 3.º – Dicen que allá en la ciudad tiene una amiga.

MINERO 4.º – Pero él se pasa la vida aquí. Sale de mañana en su caballo al campo, vuelve al mediodía, come, habla con los lisiados en las minas, sube de cuando en cuando aquí, nos da el jornal, algo más si lo necesitamos, y no se mete en más. Con su caballo va y con su caballo viene a todas partes. Pocas veces sale para ir a la ciudad.

MINERO 5.º – Antes iba más; ahora se siente viejo por lo visto.

MUJER 3.<sup>a</sup> – Pero don Pedro no debe tener más allá de los cincuenta y tantos.

MUJER 4.<sup>a</sup> – Ya sabes tú que la gente grande a esa edad ya no puede levantar del suelo una paja.

MINERO 1.<sup>o</sup> – En fin, yo deseo que viva don Pedro muchos años más de la cuenta, porque es el mejor hombre del mundo.

## ESCENA VI

*Los mismos y otro MINERO alborotado.*

MINERO 6.<sup>o</sup> – Compañeros, ¿sabéis que pasa?

*( Se levantan todos inquietos ante el tono y la expresión con que dice esto el recién llegado ).*

MUJER 5.<sup>a</sup> - ¿Qué pasa?

MINERO 6.<sup>o</sup> – Cuando bajábamos de las minas el otro grupo por la ladera del Hondo, nos lo ha dicho mi hijo que subía... ¿No escucháis la campana?

*( Toca a muerto la campana del pueblo distante ).*

MUJER 1.<sup>a</sup> - ¡Tocando a difunto está!

MUJER 2.<sup>a</sup> - ¿Quién se ha muerto?

MUJER 3.<sup>a</sup> - No había nadie enfermo en el pueblo.

MINERO 6.<sup>o</sup> – Don Pedro ha muerto como un relámpago. Vivo volvía en su caballo de los trigos y cadáver ha entrado en el pueblo en su caballo.

MUJER 4.<sup>a</sup> - ¿No es para espantarse?

MINERO 5.<sup>o</sup> - ¡Vamos de prisa, vamos!

MINERO 3.<sup>o</sup> - ¡Qué desastre tan grande!

MUJER 1.<sup>a</sup> – Me entra una angustia al corazón que no me deja hablar.

MUJER 5.<sup>a</sup> – No sé qué me da en el mío, pero presumo que la desgracia va a reinar desde hoy en Montecabra.

MINERO 1.<sup>o</sup> - ¡Vamos pronto, vamos!

*( Se van todos precipitadamente ).*

## ESCENA VII

PASTOR y RETAMA.

*( Entran al mismo tiempo, por lados diferentes ).*

RETAMA. - ¡Un hombre!

PASTOR. - ¡Una mujer!

*( Se acercan los dos ).*

RETAMA. - ¡El pastor!

PASTOR. - ¡Retama!

*( Se quedan en silencio, él dando con el cayado en tierra, ella desatando una cadena de claveles del monte. El PASTOR la atrae echándole el anillo del cayado al cuello ).*

RETAMA. – Te buscaba, Pastor...

PASTOR. – Tu cara es de miel cuajada. ¿Te lavas con zumo de uvas? Vente a mi chozo, iré apartando las piedras del camino. Vente a cuidar una cabra y un corazón llagados por el lobo.

*( Se van yendo. El plenilunio sube al monte sembrándolo de cuarzos y carne de palmera. Encima de una peña, proyectados contra la luna, surgen una cabra y un chivo requiriéndola a grandes balidos y querellas, hasta caer enlazado sobre ella impetuosamente. Se oyen las esquilas lluviosas. Aparece el ganado, que se va recogiendo en majada para rumiar y dormir ).*

FIN DE LA FASE ANTERIOR

## FASE POSTERIOR

*Otro lugar del monte, a la entrada de unas minas.*

### ESCENA I

*Los MINEROS, unos cuantos fuera y los demás dentro de las minas. De lo profundo vienen ruidos de picos, metales y barrenos. Trabajan todos activamente.*

MINERO 1.º – Éste no se parece en nada a don Pedro, que en paz descansa. Va tanto de señor a señor como de mí al mar.

MINERO 2.º – Dos meses justo hace que ha venido y cada día nos trata peormente.

MINERO 3.º - ¡Cuánto echo de menos a don Pedro, aquel hombre tan verdadero! Se ha muerto para dar paso a un corazón de pedernales.

MINERO 4.º - ¿Quién se daba cuenta antes de que el día era largo? Desde que me gritan malamente para que me apriete en la faena, se me antoja que cada hora tiene una eternidad.

MINERO 5.º – Este hombre me ha quitado todos los entusiasmos y propósitos del brazo.

MINERO 1.º – Para colmo de males pone un capataz que nos vigila y azuza sin parar.

MINERO 2.º – No puede uno ni mear con calma.

MINERO 3.º – Mira, ya vienen los dos por allí.

MINERO 4.º - ¿Por qué no los coge un rayo repartido?

MINERO 5.º – Porque la mala hierba nunca muere.

### ESCENA II

*Dichos. SEÑOR Y CAPATAZ. A poco, el SEGADOR.*

SEÑOR. – Hay que conducirse de un modo enérgico con esta gente: acabaría por no hacer nada de provecho... Ya has visto el segador...

CAPATAZ. – Aquí viene otra vez, señor.

SEGADOR. – Señor, es imposible que yo me quede con un brazo sobre otro cuando todavía está por segar la mitad de las laderas.

SEÑOR. – Vendrá otro segador más vivo que tú a recoger la cosecha que queda en pie.

SEGADOR. – Descansaba un poco después de haber dado filo a la hoz, que lo tenía gastado de tanto faenar por la mañana. ¿Por eso me destrona de mi trabajo?

SEÑOR. – No puedo tener a mi servicio hombres que hacen el oficio de las mantas: estar tumbados siempre.

SEGADOR. – Pero, ¿a dónde quieres que vaya sin trabajo?

SEÑOR. – A donde te parezca mejor fuera del monte. Sobras en mi propiedad desde hoy.

SEGADOR. - ¡Adiós mi pan, adiós mi casa! ¿Qué haré, qué puedo hacer con mi hoz?

( *Se va* ).

### ESCENA III

*Dichos, menos el SEGADOR.*

SEÑOR. - ¿Habéis mirado lo que he hecho con éste? ( *Los trabajadores se quedan un momento en una actitud digna de cuajar en piedra, atendiendo con las herramientas en alto* ). Pues aprended: haré exactamente lo mismo con todo aquel que no rinda lo que gana. Aquí no quiero granujas. No montaréis en mis barbas como en las de antes. Hay que trabajar con toda la fuerza de los

brazos y cuando éstos flaqueen, con la de los dientes. ¡Vamos, más de prisa!  
¡No os quedéis con la boca abierta oyéndome!

*( Se acentúa el furor del trabajo, y sólo se oye la conversación de sus martillos, picos, azadas y barrenas, por un buen rato. Suena el reloj del pueblo).*

MINERO 1.º - ¡La hora!

*( Se transmiten la noticia unos a otros hasta los del fondo de las minas, a los que se oye gritar con voz de redimios: ¡La hora! ¡La hora! ¡La hora! ¡La hora! ).*

SEÑOR. - ¡Qué atenta tenéis la oreja para la hora de acabar y, en cambio, qué desatenta para la del comienzo!

CAPATAZ. - ¿Por qué no trabajáis un minuto más y dais fin a lo que teníais entre manos?

SEÑOR. – Es demasiado para ellos. ¿No ves lo fatigados que van?

*( Irónico ).*

MINERO 1.º – Hasta mañana. Nos esperan nuestras mujeres bajo la encina del sotillo.

SEÑOR. - ¿Es hermosa la tuya que tanta prisa te das para ir a verla?

MINERO 1.º – Lo bastante para que yo la quiera hasta estar celoso.

*( Salen de las minas grupos de MINEROS; recogiendo el sudor de sus frentes y colgándose la blusa de un hombro, saludan seriamente y se van encendiendo el cigarro ).*

#### ESCENA IV

SEÑOR y CAPATAZ.

SEÑOR. – No sé qué entenderán por hermosura estas bestias. Ninguna mujer del pueblo de Montecabra merece una distracción mía.

CAPATAZ. – Una que vive en el monte que te distraerá de las demás cosas en cuanto la veas, señor.

SEÑOR. – ¿En mi monte? ¿Y no la conozco todavía?

CAPATAZ. – Se deja ver muy pocas veces. Sale apenas del chozo del pastor, de quien es la amiga.

SEÑOR. – ¿Crees tú que será difícil de conseguir?

CAPATAZ. – No creo, señor. Para ti no hay nada difícil en el mundo. Además, yo te ayudaré cuanto sea preciso para que la logres.

SEÑOR. – ¡Hombre, si me gusta, naturalmente!

CAPATAZ. – Te aseguro que ha de entusiasmarte. Basta con que la veas una vez.

SEÑOR. – Quiero verla en seguida. Me has puesto de punta el deseo y ya se me alargan los dientes ansiosos de un buen bocado.

CAPATAZ. – Estará con el pastor ahora.

SEÑOR. – Me importa poco nadie, ya lo sabes, y menos un pastor.

## ESCENA V

*Dichos y RETAMA.*

RETAMA. – ¿Me podéis decir si está por estos alrededores el pastor?

CAPATAZ. – Ésta es la mujer.

SEÑOR. – ¡Hola, buena hembra! ¿Qué quieres saber?

RETAMA. – Si está cerca el pastor, que no sé de su persona en todo el día.

SEÑOR. – No sé... ¿Lo has visto tú acaso?

CAPATAZ. – Sí; hace dos horas blanqueaba con el ganado por el barranco de los Baladres. Ahora está seguramente por la otra punta del monte. Como volverá después del lucero, espéralo aquí por donde forzosamente ha de pasar.

SEÑOR. – Bien pensado: espéralo aquí, cara de buena cosecha.

RETAMA. – No puedo. He de volver al chozo en seguida. Tengo allí una cabra llagada del lobo y he de socorrer sus heridas con aceite, sal y miera. Adiós.

SEÑOR. – Deja, mujer: ya la atenderás luego. No te reprenderá por eso la cabra. Aguarda al pastor, o no lo aguardes, pero quédate conmigo. Necesito mirar mucho tiempo desde tu frente hasta el último dedo de tu pie. ¿Sabes lo que me agradas, moza?

RETAMA. – Adiós.

CAPATAZ. – No te vayas, que no te ha de pasar nada triste. Tienes menos espera que la liebre cuando ve perros.

RETAMA. – Es que adivino que vuestro pensamiento es más estrecho que el silbo de la serpiente. Vuestros ojos relumbran como nidos de tarántulas en acecho.

SEÑOR. – El pastor es un animal que no comprende todo tu valor. Eres demasiada cosa para él.

RETAMA. – Su pelo y su mano, su beso y su voz, huelen a hierba. Vuestro aliento tiene el mismo olor del rabo de la zorra.

CAPATAZ. – Él no tiene reloj de oro, sortijas de diamantes y trajes de terciopelo como mi señor.

RETAMA. – Ni apetezco que lo tenga, porque le sobra para que yo lo quiera con su lengua, más dulce y proporcionada que un cencerro de Almansa, y sus ojos rizados. Amanece enjoyado con racimos de escarcha y siempre lo rodean la leche y los panales.

SEÑOR. – Yo tengo mucho más: tengo poder para quitarle todo eso y dejarle tan sólo las boñigas de las majadas. ¿No sabes que soy el dueño del monte?

RETAMA. - ¿Y porque eres el dueño del monte vas a serlo de mi corazón? Vaya, adiós. Me vuelvo a mi chozo, que oigo el balido de la cabra llagada. Dejadme ir por la miera, la sal y el aceite.

SEÑOR. – Antes de irte, he de probar tu boca. No la escatimes tanto, zagala.

CAPATAZ. – No te alteres. Mira: mientras mi señor te besa, yo vigilo el monte como un perro guardián, y si el pastor se acerca no os sorprenderá con las bocas en riña.

RETAMA. – No pondrás encima de los míos tus labios de cizaña. No quiero. Me parecerán pezuñas cargadas de estiércol.

SEÑOR. – Verás cómo son arrope.

RETAMA. – No quiero. Aparta de mi lado.

SEÑOR. – ¿Te resistes?

*( La quiere coger ).*

RETAMA. - ¿Dónde están los cuchillos, dónde están las piedras para defenderme de tí?

*( Coge una piedra y cuando la va a lanzar contra el SEÑOR, éste imposibilita con sus brazos y la derriba ).*

SEÑOR. – Eres más huraña que una perra recién parida.

RETAMA. - ¡Quita, que me veo maltratada como dentro de una zarzamora! ¡Quita! ¡Suelta!

SEÑOR. – Cuando te haya hecho callar con mis besos...

*( El CAPATAZ se asoma de cuando en cuando sonriente y protector. La lucha se enfurece como la de dos perros de diferente casta. Aparece el PASTOR ).*

## ESCENA VI

*Dichos y el PASTOR.*

*( Sin alterar su voz pacífica y su gesto de serenidad eternos ).*

PASTOR. – Retama, ¿qué haces?

*( El SEÑOR se yergue y se dirige al PASTOR con las cejas rencorosas ).*

RETAMA. - ¡Pastor mío! ¡Sálvame de este grupo de alimañas!

SEÑOR. - ¿Por qué vienes a meterte en donde no te importa?

PASTOR. - ¡Tanto me importa como al labrador la lluvia! ¿No sabes que Retama es mi compañera?

SEÑOR. - ¿Olvidas que soy el dueño del monte?

PASTOR. – No lo olvido, que lo siento que seas. Para nuestro mal has extendido tu señorío hasta estas copas. Mal fin de año presumo y te prometo como sigas haciendo estas cosas, mal fin de año. ¡Y empezó tan bueno!

SEÑOR. - ¿Qué me cuentas que no te entiendo?

PASTOR. – Lo mismo que me sale del padecer del corazón. Te digo honradamente que esa conducta a la que te aficionas, sólo puede traer nubes de tormenta sobre Montecabra.

SEÑOR. – Córtales alas a tu lengua, no le des tanto vuelo, porque caerás para siempre de estos picos donde tan soberbio vives.

CAPATAZ. - ¡Cállate!

PASTOR. – Para sonar a su hora está la campana en el campanario.

SEÑOR. – Cállate, si no quieres que convierta en cenizas ahora mismo los pastos y el ganado.

PASTOR. – Haz la prueba ya... Si no te parto de un cayatazo, que se me rompan las manos o que me caiga en el precipicio más hondo y me coman los cuervos las partes más sensibles, vivo aún.

SEÑOR. - ¡Un pastor, un miserable pastor! Tú, ¿cómo te atreves a inclinarte en amenazas contra mí? ¿Pero quién eres tú?

PASTOR. – El hombre más pacífico del mundo, si no me atropellan.

CAPATAZ. – Señor, modérate. Vete, pastor; vete con tu amiga. Señor, no es ésta la mejor ocasión de mostrar la gallardía de tu poder: aguarda un poco. Anda, pastor. Haz cuenta que no ha pasado nada.

PASTOR. – No hagas lo que has dicho, señor, que haré lo que yo me sé. Ven, Retama.

*( Se van los dos ).*

## ESCENA VII

SEÑOR y CAPATAZ.

SEÑOR. – Estoy colérico. Mañana mismo le obligaré a salir del monte aunque no encuentre otro pastor que me pague las hierbas.

CAPATAZ. – Ten en cuenta que no expira el plazo de su contrato con el viejo propietario hasta el último día de diciembre.

SEÑOR. – Yo sobornaré a quien sea preciso sobornar para echarlo.

CAPATAZ. – No te lo aconsejo, señor. Sería una imprudencia de la que no resultarían sino pesares, cuando no un chorro de sangre. Es mejor disimular la humillación que sufres y ver otra manera indirecta de hacerle daño sin que él presuma que tú se lo haces. Obrando cautamente, hasta puedes llegar a conseguir lo que antes te propusiste: ¡es tan mudable la voluntad de una mujer! Ten paciencia, que todo vendrá: el mal para el pastor y la satisfacción para ti.

SEÑOR. – Me resigno por ahora, pero me la debe y me la pagará pronto.

CAPATAZ. – Mira que este hombre es muy arisco. Vamos yendo hacia el pueblo, que ya queda poca tarde. ¿Te parece bien?

SEÑOR. – Echa tú delante. Estoy que reviento de cólera.

CAPATAZ. – Iré apartando las piedras que puedan impedirte andar sin trabajo. Sé prudente, señor; no lo olvides.

SEÑOR. – Lo soy, bien a mi pesar, porque sé que son el miedo y la poquedad los que me aconsejan prudencia. Dime, ¿qué mal peor se le puede hacer?

*( Se van ).*

## ESCENA VIII

*( Un momento el teatro solo. Se oye la voz del LEÑADOR, que se acerca cantando ).*

LEÑADOR. - *( Dentro ).*

De árbol en árbol  
salta el leñador,  
con el pico abierto  
como el ruiseñor.

La canción del hacha,  
como la del ave,  
va de rama en rama.

*( Entra cargado con un haz de ramas heridas y goteantes, y se sienta sobre una piedra librándose de la carga; prende la pipa con pedernales y fuma silencioso, se pasa la mano por el sudor, respira hondo, se echa otra vez el haz a las espaldas y se va cantando ).*

Para echar al fuego  
el frío peor,  
del árbol de agosto  
recojo calor.  
Cuando la nevada,  
todo son visitas  
a mi corralada.

FIN DEL ACTO PRIMERO